



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11055

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraordinario: Tres meses, 11 2/3 id.—La suscripción se contará desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 13 DE SEPTIEMBRE DE 1898

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loratte rue Casimiro 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## CASTIGO JUSTO

La osadía de los rebeldes filipinos ha sido castigada como merecía.

Almirante Aguinaldo por sus triunfos en la isla de Luzón, donde levantando al país en masa y poniendo sitio á los destacamentos logros reducirlos por hambre, se aventuró á empresas mayores y tripulando unos buques de los que se apoderó por procedimientos piráticos. Despachó gentes para que se fueran apoderando, por conquista, del archipiélago visayo.

La prueba no le ha resultado bien, porque no es lo mismo ganar fuertemente por sorpresa ni poblaciones por sorpresa como ocurrió con el francés, que en lo más recio de un combate se sublevó contra sus jefes el batallón indigena que lo defendía.

El poder naval de la llamada república filipina ha sido fugacísimo: ha durado el tiempo preciso para hacer la travesía de Manila á Ilo-Ilo, pues apenas llegada la escuadrilla de Aguinaldo a las islas donde reside el Capitán general del Archipiélago, destacándose la escuadrilla española, que vigilaba la costa y cerrando con ella a cañonazos la destruyó totalmente causando multitud de bajas en las contrarias tripulaciones.

La lección ha sido ruda para los enemigos de fuera y servirá de enseñanza saludable a los de dentro; pues si creían los filipinos que las desdichas de España, cosechadas a manos llenas en Cuba, Puerto Rico y Manila, habían dado al traste con la entereza de nuestros marinos, han aprendido a su costa que engañados estaban.

Los que no hemos aprendido nada con ese combate que nos ha sido favorable somos nosotros. Y,

sin embargo, su resultado nos enseña una vez más lo que siempre debimos tener presente: que á fuerzas iguales estará la victoria de parte del mas hábil y que a fuerzas distintas se pondrá del lado del que tenga buques mejores y más fuertes aunque su número sea menor.

Lástima que no supiéramos eso, que es tan elemental, cuando la escuadrilla yanqui espía desde Hong-Kong el momento de caer sobre Manila, para hacer con nuestra escuadrilla lo que la escuadrilla de cañoneros de Ilo-Ilo ha hecho con los barcos de Aguinaldo. Lástima, sí, porque ya que las imprópiamente llamadas escuadras españolas se han movido empujadas por la opinión, según confiesa más de un consejero responsable, no hubiera ido á Cuba la escuadrilla de Cervera, porque la opinión le hubiera empujado hacia el mar de la China; si así hubiese sucedido no lamentaríamos la pérdida de nuestros barcos ni estaría sobre el tapete el problema filipino. Si más cuidadosos de lo que teníamos que guardar hubiéramos sabido lo que debíamos saber, Dewey no hubiera forzado la bahía de Manila, ni se hubiera apoderado de Cavite, ni cayera en su poder Manila ni se decidiera Aguinaldo á probar nueva fortuna.

La victoria naval de Ilo-Ilo viene tarde. Realizada hace cuatro meses hubiera producido en España un estallido de entusiasmo. Realizada ahora no ha conmovido á la opinión porque no contribuye á remediar nuestras desdichas.

Sin embargo, tiene importancia ese combate, porque sus admirables resultados han de contribuir á modificar la actitud de insolente osadía en que se encontraban los rebeldes del archipiélago visayo.

## GLORIAS NACIONALES

### Tercer sitio de Gibraltar

13 de Septiembre de 1789.

Más de tres años hacía que España é Inglaterra habían roto las hostilidades. Gibraltar, el trozo del territorio español que el abandono de unos y la insaciable rapacidad de otros había robado á quienes la naturaleza hizo sus dueños, se hallaba bloqueado por los españoles casi desde la declaración de guerra, sin que ni un momento cajarán en su empeño, no obstante la derrota que sufrió la escuadra del almirante D. Juan de Lángara en 1780 en aguas del cabo de San Vicente, y tener que sostener un fuerte ejército en las Baleares, para recobrar los puntos que habían caído en poder de los ingleses.

Cuando la conquista de Menorca fue un hecho, las tropas y buques que recobraron á Mahón fueron destinadas al bloqueo de Gibraltar, y entonces el sitio tomó verdadera importancia porque las fuerzas de mar y tierra que á él concurrían eran muy numerosas.

Después de haberse visto en inútiles eran las distintas baterías y otras obras que se construyeron para apagar ó debilitar los fuegos de la plaza, el duque de Crillon á quien se le había confiado el mando de los 4000 soldados franceses y españoles que se reunieron en el campo de San Roque, recabó de los principales jefes proyectos para echar de una vez del disputado peñón á los sagaces intrusos.

Notabilísimos fueron el del intrépido marino D. Antonio Barceló, el del conde de Aranda, el del almirante francés conde de Estaing y el del ingeniero general D. Silvestre Albareo; pero por considerarse más realizable y de más seguro éxito el del ingeniero francés Mr. D'Arzón, que consistía en el ataque á la plaza por medio de baterías flotantes de su invención, fueron desechados aquéllos y puesto en práctica éste.

Se construyeron diez baterías flotantes que no eran más que grandes barcazas insumergibles de madera, y protegidas con planchas de hierro y sacos de lana encajonados entre corcho. Siguiendo el plan del mencionado Mr. D'Arzón el 13 de Septiembre de 1782

partieron de Puente Mayor las barcazas, y á las diez de la mañana á unas 140 tocas de la plaza, entre el baluarte real y el muelle viejo, rompieron el fuego seguidamente los 220 cañones que llevaban é igualmente los 193 de las baterías de tierra, arrojando por lo tanto sobre Gibraltar una verdadera lluvia de bombas y balas de todos los géneros.

Las baterías del peñón contestaron al fuego con igual tenacidad, trabándose un combate horrible, mas por lo estruendoso (dícese que el cañoneo se oyó á muchas leguas y que el peñón retumbaba como si su enorme mole fuera á rodar por tierra) que por las víctimas que causó en un principio.

Todo el día duró la lucha, sin que la victoria pareciera inclinarse á ninguna de las dos partes, si bien se rió que la fortuna no favorecía á los españoles, porque el fuerte viento que reinaba no permitió á su escuadra tomar parte en la contienda. Cuando cerró la noche el combate tomó otro giro, pues los ingleses consiguieron incendiar con balas rojas las barcazas, dando con esto motivo á actos de sublime arrojo.

El combate se interrumpió, y tanto el ejército aliado como los ingleses se dedicaron á salvar los 3000 hombres que tripulaban las baterías, en medio de la oscuridad de la noche.

Esta fue la última empresa formal que España ha realizado para acabar con lo que para ella es padrón de ignominia.

Nuestras pérdidas ascendieron á más de mil muertos, gran número de heridos, quinientos prisioneros, y además perdimos también la artillería y municiones de las barcazas.

El sitio ó bloqueo continuó, aunque flojamente, hasta que fue firmada la paz de Versalles en Septiembre de 1783.

MAESE RODRIGO

(Prohibida la reproducción.)

## SIN DOTE

(De George Ohnet).

En las reuniones del general, cuando ella entraba en el salón, sonriente, fresca, con sus lindos hombros desnudos,

un murmullo de admiración se levantaba del grupo de los oficiales reunidos en los quicios de las puertas.

Detrás de ella, su madre, majestuosa con su gran *toilette* alto llamativa de mujer provinciana, sacudía sus tirabuzones de cabellos blancos con aire orgulloso, que parecía decir: «En mi hija!»

Y delgado, apacible, modesto, su padre, coronel del regimiento núm. 123, las seguía cuidando de no pisarlas las largas colas de los vestidos.

Apenas se sentaban, un pelotón de oficiales, lo mejor y más escogido de la guarnición de Versalles, embalsados en sus uniformes nuevos y resplandecientes, con sus bigotes rubios ó negros, y ojos soñadores ó atrevidos, se lanzaban al asalto del *carpet* de baile.

Y á la claridad dorada de las arañas, al son de los instrumentos poníase la jóven á bailar, ligera y graciosa, llevada en los brazos de aquellos jóvenes empañados en agradarla.

Para ellos, sus deseos eran órdenes, y sus caprichos leyes.

«¡La hija del coronel! En la época á que se refiere el cuadro, era suficiente un elogio dicho con negligencia por ella:—

«¡Ah! el teniente fulano es un joven encantador y que valga muy bien—para decidir de toda una carrera. No es, pues, extraño que les hiciera andar como en las manobras, con su tonito de mando pícaro y coquetón.

Así había llegado á los 22 años, riendo alegremente, recorriendo Francia al azar de las guarniciones, á bandera desplegada y clarín sonante, con una existencia un poco nómada.

Su madre empezaba á manifestar impaciencia: hubiera querido ya verla casada.

Pero, entre ella y los pretendientes, una barrera terrible se interponía, en la cual estaban escritas estas palabras desolativas: «Sin dote! Y los oficiales bromaban, reían, bailaban, pero no parecían pensar en casarse.

Agradar á la hija del coronel para obtener buenas notas, ¡muy bien! pero llegar hasta el matrimonio, ya era otra cuestión; y ninguno parecía dispuesto á estudiarla; ninguno de aquellos que hubieran sido favorablemente acogidos. Pero hacía un año poco más ó menos que la jóven tenía un enamorado tímido

—¿Está en Madrid?  
—Sí señora: en Madrid estaba á lo menos hace algunos días.  
La princesa sacó su libro de memorias y escribió en él algunas líneas.  
—Después, continuó la princesa, y perdonadme si os molesto cuando estais enfermo y lleno de dolor por la gran pérdida que habéis sufrido: el asunto es muy grave: cómo os ha venido á las manos este pliego?  
—¿Cuándo estais?  
—El mas reciente; el que debia traer sin duda alguna el guardián de capuchinos.  
—Debes desconfiar de fray José de Tordehumos?  
—Me debe mucho.  
—De la corte, señora, lo sabéis demasiado, el agradecimiento no se conoce.  
—Me teme.  
—Habéis estado desterrada.  
—Pero hoy vuestro con mas poder que nunca.  
—Sin embargo, yo no sé hasta qué punto puede estar comprometido el padre guardián: tropecé con él á algunas leguas de aquí, cuando iba huyendo, buscando un refugio seguro desde donde avisaros lo que me acontecía, extrañó el encuentro y me mandó

cho de carboneros, y el padre José tuvo la imprudencia de decirme que había ido á auxiliar en sus últimos momentos al marqués de Castrovielo, de quien sabía yo estaba desterrado de la corte por haberse hecho sospechoso de traición; y como la conducta de fray José de Tordehumos, durante este último año, ha sido tan ambigua que ha llegado á ser sospechosa, cuando venia con él, por él amparado, encubierto con el hábito de uno de sus legos, sospechando que debía llevar consigo algun documento importante, le obligué á entregármelo, y me dió ese pliego: después le he prometido que nada de esto os diría: declararíais que de propia voluntad me había entregado ese pliego para que yo os lo entregase, y os suplico, señora, que obréis como si yo hubiera obrado según quería el guardián; pero no puedo ser desleal con vos, y os aviso: estad muy alerta con el guardián de capuchinos: creo que se conspira de una manera muy seria contra su majestad.  
—Daré conocimiento al rey de vuestro leal celo en servicio suyo, y esta será la mejor razon que justifique vuestro indulto, Bizarro.

Aza y el emperador Leopoldo, y el príncipe de Darnstadt, y tú, comprenderéis que no es lo mismo luchar con los jóvenes reyes de España que luchar conmigo: Bizarro, este pliego es un motivo mas para que el rey se apresure á indultaros; apoderándoos de estos dos pliegos, habéis hecho un importantísimo servicio á su majestad.

## XI

La princesa dobló y redobló aquellos dos pliegos y los guardó cuidadosamente en su seno.  
Luego se volvió hacia Bizarro, que estaba aún apoyado en su brazo, y le dijo:  
—¿Qué decís?  
—Nada, señora, cada uno de lo que me habéis prometido: vuestra ayuda para vengarme de dos hombres.  
—¿Reconoceréis dinero?  
—Antes, cuando vivía Clota, cuando tenía junto á mí á Ansoa, á vuestra hija, que me creía su padre, todo me parecía poco para ellas; ahora, si gano Bizarro, basta un pedazo de pan y puede darme un millón de francos á mi servicio: ¡algo mas que un pan!